

# Peripecias del destino

MIJAIL MALISHEV

*Universidad Autónoma del Estado de México*

La filosofía del siglo xx relegó al olvido el concepto de 'destino' poniéndolo en el archivo de las supersticiones, en parte porque consideraba que, como producto de la fe religiosa, esclavizaba al hombre y le impedía convertirse en dueño de sí mismo. Este concepto se fue desmitificando en la medida en que se profundizaba en el conocimiento de las circunstancias objetivas: estructuras económicas, culturales, lingüísticas, programas genéticos, regularidades estadísticas y las prohibiciones inconscientes del superego en la psique humana. La desmitificación del destino tuvo lugar en corrientes tales como el neodarwinismo, marxismo, neopositivismo, psicoanálisis, semiótica, posestructuralismo, antropología cultural, entre otras. La emancipación y la iluminación del hombre lo ayudaban a expulsar de su existencia la idea de destino y le otorgaban una amplia libertad. Pero el descubrimiento de nuevos determinismos lo esclavizaba con cadenas más sofisticadas, pérfidas e irreparables.

Son innegables la asimetría y la unilateralidad del tiempo, por lo que es imposible repasarlo a la inversa, regresando sobre los mismos pasos. La única salida es un futuro que nos seduce con sus sueños y esperanzas. El porvenir, como una condición imprescindible para la realización de nuestros planes y proyectos, es quizá la única razón por la cual modificamos nuestra existencia: vivimos sacrificando el instante presente por el que le sigue, y de éste huimos al otro. Como seres teleológicos, despojamos al presente de su valor intrínseco. Lo más curioso es que, al tomar en consideración esta paradoja, no somos capaces de cambiar el rumbo de nuestro destino, que desde el inicio fue colocado en nuestro pasado.

¿Qué hubiéramos hecho si no existiera la idea del destino? ¿A qué o a quién podríamos cargarle nuestras responsabilidades, desdichas o errores? El destino, como una varita mágica, nos preserva de los estrictos juicios de la culpa y la vergüenza, y como Proteo, podemos buscar en este fenómeno lo que más nos conviene, tergiversar la razón recta, justificar los subterfugios de nuestra conciencia ladina detrás de sofismos e interpretar al destino según nuestra idiosincrasia. El fatalista, por ejemplo, lo toma como ídolo; el desesperado trata de encontrar en él algún consuelo contra los golpes crueles de la vida; el perezoso entiende el destino como un asilo para disfrazar la inercia de su existir, y el escéptico, al igualar el significado de sus opciones existenciales, lo considera un simple espantapájaros. Esta última perspectiva la expresó bien el pensador rumano-francés Emil Cioran, de quien Clément Rosset escribe:

Lo que existe aquí y ahora, comparando con todo lo que ha existido, existe y existirá, tanto aquí como en cualquier otra parte [...], es infinitamente demasiado *pequeño* para aspirar a ser tomado en alguna consideración; [...] sin embargo, esa cosa existe. Por tanto, la paradoja de la existencia [...] es la de ser algo y, al mismo tiempo, la de *no contar para nada* (2000: 120).

A pesar de que la existencia humana es mínima en comparación con el espacio y tiempo cósmicos, un bicho pensante se arrastra sobre la superficie de la tierra desgarrándose en su existencia lamentable —como la de millones de sus congéneres— por la idea de que es un ser singular e irrepetible, y su autoconciencia acentúa todavía más su trágico e insignificante destino.

Si no nos afligiéramos por la idea de que nuestra vida es única e irrepetible, si no experimentáramos el remordimiento, quizá todos seríamos adeptos de la filosofía de Pangloss (el personaje cómico de Voltaire), para quien todo lo que sucedía era lo mejor que podría pasar. Este lema representa un principio del destino vulgar: no te subleves, no te rebeles ni siquiera en tu imaginación, porque lo más razonable es reconciliarte con lo inminente, pues lo inevitable no es lo que había sucedido, sino lo mejor que hubiera podido pasar, aunque estés en el patíbulo y pronto el verdugo ponga la horca en tu cuello. El optimismo primitivo de Pangloss es una invención irónica del ingenioso Voltaire.

Con mayor frecuencia, el destino favorece a unos cuantos, mientras que los fracasados constituyen una abrumadora mayoría. En estas circunstancias lo más conveniente sería encontrar un nicho existencial que corresponda más con nuestras fuerzas y capacidades. Una cosa es fracasar, otra reconocer el fracaso y otra más declararse fracasado. Un fracaso puede ser resultado de las travesuras del azar; pero declararse fracasado es reconocerse víctima de un destino insondable: unos nacen con estrella y otros nacen estrellados. Es difícil reconciliarse con un destino así y, aunque entendemos que tanto los vencedores como los fracasados somos finitos, no quisiéramos que nos calificaran de inútiles y despreciables. Ninguna insignificancia puede superar la simple idea de que somos únicos e irrepetibles; por tanto, nadie podrá sustituirnos. Si a nuestra generación le espera un destino común, tratemos de ser más solidarios con nuestros contemporáneos arrojados a la misma época. A pesar de las discordias y aspiraciones para ser reconocidos, que indudablemente nos distinguen y, a la vez, nos desunen, estamos en el mismo barco, navegamos hacia un rumbo desconocido, de donde nadie regresa. Porque, sin importar nuestra insignificancia, a cada uno de nosotros está reservado el mismo destino.

Al hablar sobre el destino, no perdamos de vista otra tendencia que trata de rehabilitar este fenómeno sacándolo del archivo de los prejuicios.

La ciencia moderna se interesa cada vez más por la infinita cantidad de procesos caóticos, casuales y azarosos que antes se integraban en el concepto del destino y que ahora se encuentran en el centro de una nueva disciplina: la *chaoplexity*, surgida en la encrucijada entre las matemáticas, las ciencias naturales y la informática. Se trata de un área del conocimiento que investiga los procesos no lineales, impredecibles y dependientes de la interacción de una gran cantidad de factores azarosos y cuyo objeto de estudio es el 'complejo del caos'. Según las conclusiones de esta disciplina, cualquier sistema, en la medida de su desarrollo, sale del estado de seguridad y tiende a ubicarse en el umbral de lo irretornable y lo impredecible. Esta tesis se basa en las tendencias de fenómenos contemporáneos.

El hombre de nuestros días no está preparado para la ascensión vertiginosa de su poder sobre la naturaleza, porque, al parecer, todavía no existe una cultura del uso de tal dominio. La tecnología moderna utiliza las posibilidades de la naturaleza y la energía de la razón del ser humano, de modo que es difícil prever la magnitud de las posibles catástrofes o lentas destrucciones. La 'naturaleza domesticada' llega a ser, incluso en algunos aspectos fundamentales, más imprevisible que la 'naturaleza salvaje'. Los peligros que emanan de los accidentes provocados por la intervención no deliberada del hombre en la naturaleza, o por los resultados incontrolables de las consecuencias colaterales de su decisión, conectan de repente lo más íntimo —la salud de un niño— con lo más distante —el agujero de ozono o un accidente del reactor atómico— y nos hacen pensar en la inseguridad ontológica de nuestro ser.

La nueva visión supera el viejo discurso que presupone el despliegue del tiempo lineal para culminar en un final paradisiaco, en el que el tiempo se detiene y la misma historia queda trascendida. El enfoque del futuro no-lineal, con sus conceptos de riesgo, peligro y contingencia, tiene como premisa la categoría de 'efectos colaterales', es decir, las consecuencias no deseadas que impiden una clara visibilidad de la realización final de lo previsto. En la base de esta contingencia, que perturba nuestros planes y proyectos, yace un simple hecho: una vez realizada, cualquier decisión, tanto individual como colectiva, se concatena con otras, y este tejido de planes y proyectos modifica los resultados no previstos.

Según su naturaleza biológica, el hombre es un ser carente, insuficiente y descontento, tanto con sus congéneres como consigo mismo. Si estuviera conforme, no usaría los verbos en pluscuamperfecto del modo subjuntivo, no experimentaría lástima ni arrepentimiento, ni tampoco podría soñar; viviría en la bienaventuranza del idiotismo angelical de Adán y Eva. Como seres insatisfechos, nos importa no sólo lo que ha sucedido, sino también lo que hubiera podido acontecer. Además, nos interesa no sólo lo que es, sino lo que podría ser. De acuerdo con Jean-Paul Sartre, en tanto que el ser nos es dado

sin nuestro consentimiento y sin razón alguna, estamos obligados a asumirlo haciéndonos y, por tanto, estamos condenados a ser libres. Aquí surge una paradoja: la misma libertad se proclama como un destino. Y así es. Si miramos hacia delante, al futuro, planteamos diversas posibilidades y aspiramos a elegir lo deseado; pero cuando miramos hacia atrás y contemplamos nuestro pasado no como una tarea, sino como un resultado, nos parece que lo que ocurrió es fatal e irreversible. Tal es el destino: lo no elegido decide a través de nuestros propios actos. Su máxima expresión es el no ser, ya que la muerte es lo que está predestinado a todo ente. La nada es el destino que solemos no elegir, más que eso, casi siempre elegimos en favor de la vida, pero no logramos evitar la muerte. Así que el pasado y el no ser en el futuro constituyen nuestro destino. Lo ya elegido y lo aún no elegido enmarcarán nuestras elecciones y finalmente nos aniquilarán. La muerte suele percibirse como un destino cruel, porque regularmente se presenta antes de que desaparezca nuestro deseo de vivir y de disfrutar la vida. Por natural e inevitable que resulte la muerte de un ser querido, sentimos tristeza, porque su existencia nos parecía singular. Desde luego que el sentido común podría sugerir justificaciones oportunas: coincidencia fatal de circunstancias, edad avanzada, enfermedad incurable, etc. Todos estos argumentos tienden a persuadirnos de la inminencia del fin de la persona fallecida y, sin embargo, por contundentes que parezcan, no son capaces de eliminar el sentimiento tenaz de que esa muerte es un destino injusto y péfido, lo cual se vivencia como una pérdida abrumadora y casi siempre inoportuna. Nos rebelamos contra el destino en sus dos versiones: lo inexorable que a todos nos espera —que frecuentemente nos sorprende— y lo irreparable de lo ya acontecido —que a veces añoramos—.

Hay tres acontecimientos inherentes a toda vida humana. El primero es aquel que el sujeto hace por iniciativa propia, partiendo de determinados objetivos, la decisión de realizarlos depende de su voluntad. Estos acontecimientos los podemos denominar 'acciones'. El hombre escoge su oficio, su pareja o define su actitud hacia uno u otro partido político a través de acciones concretas.

El segundo acontecimiento es la eventualidad. En ella, el hombre no es un sujeto, sino una víctima de la concurrencia de diferentes circunstancias. Quizá, algunas eventualidades favorezcan su bienestar —por ejemplo, ganarse la lotería—; pero la mayoría son negativas —la muerte debido a un accidente, los fracasos imprevistos, las enfermedades, los incendios, los terremotos o las inundaciones—. Normalmente, esos hechos son casuales; aunque, en el juego del azar, la estadística de los accidentes descubre cierta regularidad supraindividual. Por ejemplo, cada

año en las carreteras de cualquier país sucede determinada cantidad de catástrofes, algunas de las cuales terminan trágicamente.

El tercer tipo de acontecimiento no ocurre según el deseo de un individuo ni tampoco por un accidente azaroso, sino en virtud de algunas buenas e incluso nobles intenciones que encauzan al sujeto a 'sucesos negativos' o a 'sucesos absurdos'; en ellos se realiza alguna acción, cuyo autor decide, pero que se desvía de su meta inicial y se sale de control. En los sucesos negativos, el sujeto que efectúa la acción se convierte en objeto, porque las consecuencias no previstas de ésta tergiversan sus objetivos y lo hacen víctima de eventos que, al inicio, pretendía evitar. En este tercer tipo de acontecimiento solemos evocar la idea del destino. Cuando nuestros asuntos van de mal en peor, cuando la vida se ríe de nuestros sueños, nos sentimos como un juguete en manos de un ser maligno y todopoderoso; en cambio, si todo marcha bien, estamos convencidos de que somos forjadores de nuestra propia suerte. La brecha que separa el resultado de la meta anhelada a veces sirve como criterio para calificar al destino de dichoso, irónico, caprichoso, pérfido, cruel...

En la vida real es difícil saber cómo repercutirán en el destino de un individuo algunas de sus decisiones o las causas que lo involucrarán en algún evento peligroso. Hay numerosos intentos de explicar los acontecimientos desconocidos, por ejemplo, vincular eventos con causas invisibles o enigmáticas y con acciones de efectos misteriosos. Para algunas doctrinas religiosas, los acontecimientos que determinan el destino de un individuo tienen su origen en una etapa previa al nacimiento de éste. Tal es el caso de la idea del karma, según la cual los hechos azarosos son consecuencia de acciones cometidas en vidas anteriores. En la astrología, los actos casuales dependen de la posición de los cuerpos astrales en el día del nacimiento de la criatura humana. De igual modo, la tradición judeocristiana vincula los castigos y los premios del más allá con la conducta del hombre en el 'más acá'.

Las acciones y las eventualidades también son sucesos, cuyos principios y consecuencias solemos desconocer. Si ignoramos el desenlace de la acción, entonces no hemos previsto las eventualidades, por ello, las que resultan negativas a veces las lamentamos con un 'hubiera'.

El arte y la literatura, quizá mejor que la propia vida, revelan por medio de su técnica narrativa una sucesión de acontecimientos que constituye la idea del destino. Tratan la existencia humana como una cadena de sucesos en la que sus eslabones se vinculan entre sí y cada principio conduce a un fin. Esta tendencia a lo acabado y el deseo de excluir lo casual y lo azaroso no elimina su disgusto por lo fatal o lo predeterminado.

Todos sabemos que el arte es inconcebible sin libertad. En la vida real muchas cosas nos son impuestas desde fuera; en el arte, en cambio, el autor elige con mayor libertad, incluso rebasando los límites de la vida real, y revela un destino, un cúmulo de acontecimientos que no caben en los marcos de la misma vida. En la realidad, todo parece desconectado, casual, dividido entre el libre albedrío (acciones) y el juego aleatorio (eventualidades); sin embargo, en el arte se revela en forma de lo íntegro, lo bello y lo perfecto. En cierto sentido, el arte es antivida, porque es una imagen del destino triunfado, más grande que la vida misma, porque pone en marcha aquellos principios y desenlaces que no caben en los límites del nacimiento y de la muerte. La transformación de la vida en el destino constituye la magia del arte. El destino de la obra de grandes artistas suele tener una influencia mucho más duradera y poderosa que la vida de éstos, que repercute aun en sucesos, interpretaciones y símbolos duraderos.

En la tradición judeocristiana, a diferencia de las religiones politeístas o hinduistas, el destino se entiende como providencia, como designio divino que dirige al hombre y, a la vez, no se somete a su voluntad; a menudo, sus actos son incomprensibles hasta para él mismo. A diferencia del destino, anónimo e impasible como una ley cósmica, la providencia divina incluye la misericordia y la compasión; conduce al creyente a la salvación, a veces, por medio de la muerte misma. Sin embargo, la providencia no elimina el destino, más bien lo arraiga en la voluntad personal de Dios que se dirige al ser humano; al mismo tiempo, lo supera infinitamente en comprensión. En las doctrinas protestantes se identifica la providencia con el destino. Así ocurre en el dogma calvinista sobre la predestinación, según el cual Dios, aun antes de la creación del mundo, predestinó a algunos a la salvación y a otros a la condena eterna; pero ni los salvados ni los hundidos saben nada sobre esta decisión.

En lo que respecta al existencialismo, el destino es una vocación en aras de la cual el hombre tiende al autosacrificio. En opinión de Karl Jaspers, el ser humano simplemente no puede existir si no consagra su vida a algo o a alguien. Nuestros estados de ánimo son pasajeros y poseen una firmeza ultrasubjetiva: no tenemos poder sobre ellos. Dicho de otro modo, el más efímero de nuestros estados espirituales, el más fugaz en el tiempo objetivo, contiene algo extratemporal e indestructible, nuestro destino. Si el hombre lograra esclarecer ese todo que se revela en el desordenado fluir de sus estados anímicos, entonces llegará a tener conciencia de su 'orientación fundamental': sería un hombre tal cual es, a diferencia de lo que piensen de él los otros y de lo que él opine de sí mismo.

El principio de la elección de sí mismo fue expresado también por Ortega y Gasset, para quien la decisión más trascendente del ser humano

reside en encontrar su propio yo, su mismidad, en volver a estar de acuerdo consigo mismo y aclarar cuál es su sincera actitud hacia cada cosa. No importa de qué actitud se trate –sea tonta o inteligente–, lo sustancial es que cada ser humano, en cada circunstancia, sienta y piense lo que realmente siente y piensa.

La vulnerabilidad de la posición existencialista es que al hombre se le encarga cumplir con la responsabilidad que acarrear sus convicciones y no por las convicciones mismas. Lo significativo no es el contenido concreto de las convicciones o creencias, sino su correspondencia con la conducta del individuo y la coincidencia de su vocación con su existencia externa. ‘Morir en acuerdo consigo mismo’ es, tal vez, la última justificación de la persona responsable ante sus convicciones; pero cuál es el sentido moral de éstas, cuáles sus repercusiones en la vida de los demás y hasta qué grado el mismo sujeto es responsable de sus elecciones. Estas interrogantes ni siquiera se plantean. Como resultado, cualquier acción, por tonta o viciosa que sea, si se realiza de acuerdo con las convicciones sinceras de su portador, no se puede juzgar. No es sorprendente que el existencialismo, implacablemente estricto con los espíritus pusilánimes, resulte muy condescendiente a la duda y a la autojustificación de bribones que pueden ser suficientemente sinceros en su autoengaño inmoral.

En Ortega, como en Kierkegaard, el destino de cada ser humano es singular y su experiencia no puede ser extrapolada a otro. La verdad existencial, como regla, carece de cualquier normatividad, no está objetivada, es imposible comprenderla y, por consiguiente, no se le puede predicar como un ejemplo. Sólo se puede tratar de esclarecerla desde el interior del individuo y a través de sus actos concretos. El imperativo de la autorrealización se eleva sobre las demás normas morales, sin detenerse en las consecuencias inmorales. Según Ortega y Gasset,

el hombre cuya *entelequia*, (esto es, su vocación *inexorable*) fuera ser ladrón *tenía que ser ladrón* y, si, por virtuoso esfuerzo de su voluntad, ha conseguido no serlo, falsifica su vida. No se confunda, pues, el deber ser de la moral, que habita en la región intelectual del hombre, con el imperativo vital; con el tener que ser de la vocación personal, situado en la región más profunda y primaria de nuestro ser. Todo lo intelectual y volitivo es secundario, es ya reacción provocada por nuestro ser radical. Si el intelecto humano funciona, es ya para resolver los problemas que le plantea su destino íntimo (2006: 130).

Siguiendo esta lógica, el hombre está destinado a ser lo que, en potencia, siempre ha sido. Su vocación vital consiste, en primer lugar, en comprender su entelequia y, en segundo, concretizarla en su conducta. Si esta entelequia coincide con las normas morales que reinan en la sociedad, entonces el

hombre experimentará alegría al darse cuenta de la bondad de sus actos. No obstante, si la vocación interna va en contra de la moral dominante y el hombre, bajo la presión de las circunstancias, se ve obligado a deformar su proyecto vital, entonces padecerá, de modo inevitable, una discordia interna acompañada de los sentimientos de vacuidad y de angustia. Al falsificar el proyecto inicial de su existencia, su portador puede pasar ante los ojos de la opinión pública como un héroe, pero él mismo percibirá este heroísmo como algo antinatural y, por ende, estará insatisfecho.

El destino-vocación, contrariamente a las altas exigencias sociales respecto a la actividad individual, puede no ser cumplido o deformado. Si alguien quiere llevar a cabo su vocación siendo médico, y por la presión de las circunstancias se retracta de luchar por esta meta, no está excluido de la futura frustración o el 'infierno del cinismo'. Es probable que tal individuo estigmatice sus 'vicios', cediendo al censor moral interno o a las exigencias externas; pero cuando se presente la oportunidad se entregará a su proyecto singular y no se detendrá ante ningún obstáculo para realizar su vocación.

De acuerdo con la visión de Ortega, el hombre es un ser libre y su libertad está enfocada a llevar a cabo su vocación existencial, su destino. A diferencia de Dios, el ser humano se ve obligado a encontrarse en ciertas circunstancias que algunas veces le son ajenas o adversas, las cuales debe superar a base de esfuerzos. Quiera o no, el hombre debe coexistir con su medio ambiente, su familia, su país, su cuerpo, voluntad e intelecto. Tiene que hacerlo tratando de adivinar su destino, que no acepta *a priori* en la abstracción de sus actos, pues la vida humana se revela en las preocupaciones y soluciones de problemas que lo asechan por todas partes. A menudo, algunos problemas se solucionan con base en los hábitos y tradiciones heredados. Pero la elección existencial última siempre está reservada a la propia persona. Lo interesante es que estas decisiones deben tomarse no por la influencia de las ideas del pasado o los intereses del presente, sino partiendo de las expectativas del futuro.

La idea del destino desaparece por completo en la conciencia titánica del humanismo marxista, el cual atribuye propiedades divinas al ser humano, quien somete a su voluntad el espacio y el tiempo e intenta convertir los cuentos mágicos en realidad. En esta lógica, que prevalecía en la conciencia de los constructores del futuro radiante, la evolución de la naturaleza condujo a la aparición del hombre, que, a su vez, creó la civilización, a la que dotó de ciencia y tecnología. Ahora, la tarea última del hombre es cumplir con el objetivo de la empresa gigantesca tan soñada por sus antepasados heroicos: tomar el destino en sus propias manos y establecer el reino de la justicia, en el que cada hombre sea hermano y amigo de sus congéneres. Sin embargo, la capacidad de resaltar

las grandes metas es un testimonio de que el hombre no es Dios. El ser humano no es un ser titánico, muchos factores y circunstancias de su vida aparecen como algo dado, prescrito e irreversible. Ello lo confirman el acto de nacer, la voz, el carácter, las capacidades, gustos y preferencias que no fueron, de ningún modo, el resultado de una elección. Cuando el individuo se mira más profundamente, buscando su identidad, tanto más encuentra este 'suyo' ya existente.

La mismidad de cada ser es un don. En la base de la subjetividad está no tanto el nominativo 'yo', sino el dativo 'a mí'. En este sentido, el origen del destino del hombre está en él mismo, tal como está 'destinado para sí'. Al principio, se definía al destino como el despliegue de aquello sobre lo cual el hombre no tenía poder, que existía *a priori* o era impredecible. Desconocemos en sí el destino, aunque vagamente lo intuimos, y el otro, en virtud de su otredad, es capaz de conocernos más objetivamente que nosotros.

Variedad e insospechada cantidad de elementos corporales, anímicos y espirituales forman el destino. No los conocemos y empezamos a perfilarlos sólo cuando nuestra vida declina. La diferencia entre destino y subjetividad es análoga a la existente entre la voz pasiva y la voz activa. Se puede decir: 'existe' y 'se existe', 'piensa' y 'se piensa'. El destino existe para expresar nuestras acciones y emociones en la voz pasiva.

Así, en el fondo del fenómeno del destino yace una aporía, una antinomia interna. Si el destino está predeterminado por el exterior y es impuesto al ser humano, entonces cada uno tiene su propio destino y, aunque sepa que aspirar a otro es imposible, desea dejar de ser sí mismo y convertirse en protagonista de sus sueños maravillosos. A veces, en su imaginación, lo hace en el pluscuamperfecto subjuntivo. Los sentimientos de vergüenza y pudor, los testigos de este sueño quimérico, aparecen cuando alguien, sufriendo el oprobio, ignominia o mala reputación quisiera librarse de su propio destino y llegar a ser otro. El pluscuamperfecto representa un contradestino irónico cuyo poseedor, a pesar del fracaso, vivencia el pasado como si fuera un presente en el que revierte mágicamente la elección hecha y escoge otra posibilidad que cambie su vida.

El hombre antepone a sí algo más grande, que tarde o temprano lo superará. El destino es un principio superior que nos enseña a crecer en la comprensión de nosotros mismos, pero no como algo dado por el azar, sino como algo incógnito, una tarea que nos empeñamos en resolver. Nuestra vocación, que libremente responde a los desafíos de nuestro destino, hace posible la concordancia de éste con el hombre. Incluso obliga al destino a alcanzar más de lo que logró hacer y a transmitir sus resultados como un mensaje al futuro. El hombre no está

atrapado por completo en la red del destino; pero éste tampoco es ajeno a la constitución del hombre, quien, en parte, crea y asume su suerte para tener un rival digno y crecer en su lucha contra los obstáculos que lo superan, a los cuales se resiste con la conciencia clara de que algún día el destino lo vencerá. Pero lo hará como alguien a quien dotamos de dignidad superior, que rebasa aquella casualidad entre el acontecimiento y el sentido de nuestra existencia.

Al concientizar la irreversibilidad de un suceso, por ejemplo la muerte, por incomprensible y absurdo que parezca, nuestra conciencia empieza a reconocer su fin, no sólo como algo accidental e inoportuno, sino como un destino. La revelación trágica, que introduce un sentido diferente de la personalidad que nos abandonó por eterno, arroja una nueva luz sobre algunas acciones que antes nos parecían poco comprensibles y, lo que es más importante, abre la posibilidad de entender el significado de la persona muerta en toda su magnitud, para evaluar más adecuadamente su lugar en el encadenamiento de los acontecimientos de la vida. La muerte separa a los fallecidos de los vivos y, a la vez, une a éstos por los lazos emocionales de la igualdad y hermandad dramáticas de su destino común.

## REFERENCIAS

- Ortega y Gasset, José (2006), "Pidiendo un Goethe desde dentro", en *Obras completas*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset/Taurus.
- Rosset, Clément (2000), *La fuerza mayor: notas sobre Nietzsche y Cioran*, Madrid, Acuarla Editorial.

MIJAIL MALISHEV KRASNOVA. Doctor en Filosofía y profesor-investigador de la Facultad de Humanidades. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel 2 y de la Academia de las Ciencias de Moscú. Autor de libros, traducciones y ensayos tanto en ruso como en español, entre los que destacan títulos como: *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*, *Pensar como pretexto y pretexto para pensar*.